

cia y á la Europa entera un espectáculo extraordinario, cual era el de atravesar el estrecho de Calais con ciento cincuenta mil hombres y regresar á París dueño del mundo; pero la Providencia, que tanta gloria le reservaba, no le permitió dar todo aquel esplendor á su coronación: quedábale otro medio de ofuscar y alucinar los ánimos, que era obligar al papa á descender por un momento del trono pontifical para ir personalmente á París á bendecir su cetro y su corona. Este hecho equivalía á una gran victoria moral sobre los enemigos de la Francia, y no dudaba un punto conseguirla. Íbase todo disponiendo para su coronación, para la cual había invitado á las principales autoridades del imperio, á numerosas diputaciones de los ejércitos de mar y tierra, y á una multitud de príncipes extranjeros. Millares de artesanos trabajaban en la basílica de Nuestra Señora en los preparativos de la ceremonia. Cundía por París el rumor del viaje del papa, y la pública opinión mostraba admiración y maravilla, la gente devota júbilo, los emigrados pesar profundo, y la Europa sorpresa y envidia. Habíase tratado la cuestión donde se trataban todos los asuntos, esto es, en el consejo de Estado; acababan de reproducirse con suma energía en esta corporación, donde reinaba la más completa libertad de opiniones, las objeciones suscitadas por el concordato, al enunciarse la idea de someter en cierto modo al jefe de la Iglesia la coronación del nuevo monarca, y se despertaron á la vez todas las antipatías, tan inveteradas en Francia, aun en los mismos hombres religiosos, contra la dominación ultramontana. Decíase que equivaldría aquello á resucitar todas las pretensiones del clero, á proclamar una religión dominante, á suponer que el emperador recientemente elegido debía su corona, no al voto de la nación y á las conquistas del ejército, sino al soberano pontífice; suposición peligrosa, por cuanto el que daba la corona podía quitarla también.

No pudiendo Napoleón oír con paciencia tantas objeciones contra una ceremonia que se proponía fuese un verdadero triunfo contra la malevolencia europea, tomó la palabra y expuso todas las ventajas de la presencia del papa en semejante solemnidad, el efecto que produciría en los pueblos religiosos y en el mundo entero, y la fuerza y consistencia que daría al nuevo orden de cosas, en cuya conservación todos los hombres de la revolución estaban interesados; manifestó el poco peligro que podía llevar consigo la mera demostración de dar un pontífice la corona; sostuvo que las pretensiones de un Gregorio VII no eran ya temibles en la presente época; que la ceremonia de que se trataba sólo se reducía á una invocación de protección celeste en favor de la nueva dinastía, invocación que se hacía según las formas acostumbradas del culto más antiguo, más general y más popular en Francia; dijo además, que sin pompa religiosa no había verdadera solemnidad, sobre todo en los países católicos, y que en caso de hacer intervenir al clero en la coronación, más valía llamar á ella á los prelados de más calidad y jerarquía, y si era posible al papa mismo, que es jefe y cabeza de todos. Por último, cargando contra sus opositores, lo mismo que pudiera hacerlo contra sus enemigos en el campo de batalla, puso término inmediatamente á la discusión con esta salida: «Señores, están ustedes deliberando en París, en las Tullerías: supongan ustedes que estuviesen

deliberando en Londres, en el gabinete británico, que fueran ustedes, en una palabra, los ministros del rey de Inglaterra, y que les dijese que el papa estaba pasando en este mismo instante los Alpes para consagrar al emperador de los franceses; ¿mirarían ustedes esto como un triunfo para la Inglaterra, ó bien para la Francia?» A una interpelación tan enérgica y tan exacta, enmudecieron todos, y no volvió nadie á hacer objeciones contra el viaje del papa á París.

Pero no bastaba consentir este viaje; faltaba conseguirlo de la corte de Roma y la cosa era extraordinariamente difícil. Para lograrlo había que emplear mucho arte, mezclar con oportunidad suma la energía con la dulzura, y el embajador de Francia, el cardenal Fesch, era mucho menos á propósito para este objeto que su antecesor Mr. de Cacault por lo irascible de su carácter y lo inflexible de su orgullo. Y he aquí llegado el momento de dar á conocer este personaje, cuyo nombre no deja de figurar bastante en la historia de la Iglesia y del Imperio. El cardenal Fesch, hombre obeso, de mediana estatura, de inteligencia adocenada, vano, ambicioso y colérico, pero firme y enérgico, estaba destinado á servir á Napoleón de poderoso obstáculo. Durante el terror había enterrado, como otros muchos eclesiásticos, las insignias de su estado y con ellas las obligaciones del sacerdocio. Nombrado comisario de guerra en el ejército de Italia, nadie al ver su comportamiento hubiera dicho que era un antiguo ministro del culto; pero cuando Napoleón volvió á reunir al clero en los altares, poniendo en su lugar cada cosa, pensó el cardenal Fesch que le convenía volver á su primer estado, aspirando en él á la jerarquía que su poderoso parentesco le permitía ambicionar. No había querido Napoleón volverle á colocar allí sino prometiendo observar ejemplar conducta, y al punto se vió al abate Fesch, con una extraordinaria fuerza de voluntad, cambiar de costumbres, obscurarse y ofrecer en el retiro de un seminario el espectáculo de una ejemplar penitencia. Promovido al arzobispado de Lyon, que se le había tenido reservado, y revestido con el capelo cardinalicio, mostróse inmediatamente, no ya defensor y arriero de Napoleón, sino más bien su antagonista en los asuntos de la Iglesia, y ya podía entreverse su pretensión de obligar un día á su sobrino, á quien lo debía todo, á buscar apoyo en un tío poderoso contra la secreta malevolencia del clero.

Ya Napoleón se había quejado amargamente, hablando con el sabio Portalis, de esta nueva ingratitud de su familia, y el honrado jurisconsulto le había aconsejado separar á su tío, enviándolo á Roma de embajador. «Allí, decía Mr. Portalis, le darán bastante que hacer el orgullo y las preocupaciones de la corte de Roma, y empleará los defectos de su carácter en servir á V. M. en vez de perjudicarle.» Este fué el motivo, y no el de hacerle un día papa, como propalaban los inventores de falsas nuevas, por el cual acreditó Napoleón al cardenal Fesch cerca de la corte de Roma. Bien cierto es que ningún otro hubiera podido ocasionarle más disgustos y sinsabores, ni serle más peligroso.

Tal era el personaje encargado de negociar el viaje de Pío VII á París.

Así que Pío VII supo por el correo extraordinario del cardenal Caprara los deseos que Napoleón había

concebido, se sobrecogió y permaneció largo tiempo agitado por los más opuestos sentimientos (1). No se le ocultó que se le presentaba la ocasión de prestar á la religión nuevos servicios, de lograr para ella concesiones hasta entonces constantemente negadas, y aun quizá de conseguir la restitución de pingües provincias, de que se había despojado al patrimonio de San Pedro; pero en cambio, ¡qué azares no iba á correr!, ¡qué suposiciones injuriosas no se exponía á sufrir en Europa!, ¡cuántas incomodidades y sinsabores no le esperaban en aquella capital revolucionaria infestada por el espíritu filosófico, llena aún con sus partidarios y habitada por el pueblo más mofador de la tierra! Al pensar en este cúmulo de contrariedades, el alma sensible y recelosa del pontífice se agitó en tal extremo, que su salud se alteró visiblemente. Su ministro y consejero favorito, el cardenal secretario de Estado Consalvi, vino á ser al punto el confidente de todas sus perplejidades y zozobras (2). Comunicáronse mutuamente sus inquietudes, y los dos se encontraron casi enteramente acordes: los dos temían lo que pudiera murmurarse de la consagración de un príncipe ilegítimo, de un usurpador, como llamaba á Napoleón cierto partido; temían el descontento de las cortes, y especialmente el de la de Viena, la cual veía con mortal pesadumbre alzarse un nuevo emperador en Occidente; temían por parte de los adictos al antiguo régimen un desencadenamiento mucho mayor que el que se había verificado en la época del concordato, y mucho más motivado por cuanto ahora el interés de la religión era menos evidente que el interés de la persona; temían también que, una vez entrado en Francia, pudiera exigirse del papa, en materia de religión, cualquiera medida imprevista é inadmisibles, que, siéndole ya difícil rehusar en Roma, no se atreviese quizás á rehusar en París, y produjese algún contratiempo desagradable, y tal vez ruidoso. No llegaban sus recelos hasta el punto de figurarse que se cometiera

(1) La siguiente carta del cardenal Consalvi al cardenal Fesch, en 2 de octubre, justifica bastante la repugnancia que S. S. experimentaba para trasladarse á París, y prueba que no eran las preocupaciones de la corte de Roma, como asegura Mr. Thiers al fin del libro anterior, el motivo de su repugnancia, y sí el justísimo temor de que Napoleón al hacerle aquella invitación sólo se proponía un objeto puramente humano, cual era el de satisfacer su vanidad, codiciosa de honores extraordinarios. Dice así la carta, escrita con motivo de la que dirigió Napoleón al papa: «El secretario de Estado que abajo firma, observa que en la carta de invitación no se expresa que el viaje no tendrá por único objeto la ceremonia de la consagración, sino que su fin principal será el interés de la religión, y que sus resultados serán para ésta infinitamente beneficiosos. S. S. advirtió desde el principio, por medio del firmante y del eminentísimo legado, que convenía que este objeto, tan verdadero y necesario, se hiciese notorio por medio de la carta de invitación de S. M., y que sobre este punto se diesen las correspondientes garantías; por lo tanto, cree el Padre Santo indispensable se le dirija otra carta anunciando en términos positivos dicho objeto, para que la ausencia de S. S. de la Santa Sede, y la interrupción y detención de tantos negocios eclesiásticos de suma importancia como hay pendientes, queden suficientemente justificados á los ojos del público con el conocimiento de las consideraciones religiosas que las motivan; efecto que no podría nunca producir ninguna consideración puramente humana, por poderosa que fuera.» (N. del T.)

(2) No hacemos en esto suposición ninguna, no acusamos intenciones. La relación que sigue está fielmente extractada de la correspondencia secreta del cardenal Consalvi con el cardenal Caprara, correspondencia de que ha quedado dueña la Francia. (N. del A.)

con el Vicario de Cristo un acto de violencia por el estilo del arresto de Pío VI en Valencia; pero representábanse confusamente las más singulares y terribles escenas. El cardenal Consalvi, que había estado en París con motivo del concordato, y el cardenal Caprara, que pasaba en esta capital su vida, tenían en verdad sobre la urbanidad de Napoleón y la delicadeza de sus procederes ideas muy diferentes de las que reinaban en la corte de los antiguos hábitos clericales, donde todos se imaginaban á París como una especie de antro habitado por un formidable gigante. El cardenal Caprara, principalmente, no cesaba de decir del emperador que si bien era el más irascible é impetuoso, también era el más generoso y amable de los hombres cuando no se le ofendía; que el papa llegaría á tener una verdadera satisfacción en verle, y que lograría de él cuanto quisiese para bien de la religión y de la Iglesia; que convenía no demorar un punto la partida por cuanto la guerra parecía encaminarse á alguna crisis decisiva; que siendo forzoso que hubiera todavía vencidos y vencedor, y por consiguiente nuevos repartimientos, tal vez era aquella la ocasión de que el papa lograra las Legaciones; que tal era en el fondo el plan de Napoleón, aunque nada prometía explícitamente, esperando sólo una coyuntura favorable para realizarlo. Estas aseveraciones tranquilizaban algún tanto el consternado ánimo del desgraciado pontífice; pero siempre París, la capital de aquella espantosa revolución francesa, que se había tragado reyes, reinas y millares de eclesiásticos, era para él un objeto de terror indefinible.

Veíase luego asaltado por aprensiones y escrúpulos contrarios. La Europa, pensaba, murmuraría sin duda alguna de su viaje á París: nada más posible que verse allí expuesto á las contingencias más funestas é imprevistas; pero de no emprender aquel viaje, tal vez correría peligro la religión y la Santa Sede. No había Estado en Italia que no tuviese á su alcance Napoleón: el Piemonte, la Lombardía, la Toscana, el mismo Nápoles estaban llenas de tropas francesas á pesar de la protección rusa. Sólo había quedado libre el Estado romano, por consideración á la Santa Sede. ¿Qué no era, pues, de temer de Napoleón cuando se reconociese ofendido y ajado por una repulsa, que parecería en cierto modo una condenación de sus derechos emanada de la misma Santa Sede? Todas estas ideas contradictorias mantenían el espíritu del papa y del secretario de Estado Consalvi en una fluctuación dolorosísima. El cardenal por su parte, como que había ya arrojado el peligro y no se había hallado de todo punto mal en París, se mostraba menos agitado; lo que más le preocupaba era la opinión que de aquello se formaría la Europa y el descontento de todas las cortes ajenas.

El papa y el cardenal, mientras recibían de París nuevas instancias que probablemente no permitirían la repulsa, trataban de robustecerse con el apoyo del Sacro Colegio. No se atrevían á consultar con él en pleno, porque había en su seno cardenales adictos á las cortes extrañas que podrían vender su secreto, y eligieron por lo tanto diez miembros de los más influyentes en la congregación de los cardenales, y bajo sigilo de confesión les manifestaron las comunicaciones de los cardenales Caprara y Fesch. Desgraciadamente estos diez cardenales discordaron en opinión, y era de temer que

sucediese otro tanto con el Sacro Colegio; por lo cual el papa y su ministro creyeron deber recurrir á otros diez, siendo veinte el número de los cardenales consultados. Esta consulta, que se mantuvo secreta, produjo el siguiente resultado: cinco cardenales se opusieron abiertamente á la demanda de Napoleón; quince se mostraron favorables á ella, aunque hicieron sus objeciones y pidieron que se otorgase con ciertas condiciones; de los cinco restantes, sólo dos alegaron como causa de su repulsa la ilegitimidad del soberano á quien se trataba de coronar. Dijeron los cinco que tanto valdría aquel paso como consagrar y ratificar todo cuanto el nuevo monarca había hecho ó tolerado en menoscabo de la religión, porque si bien era el autor del concordato, también lo era de los artículos orgánicos y de la usurpación de las Legaciones que, siendo general, había sufrido la Santa Sede; que Napoleón acababa de favorecer las expoliaciones padecidas por la Iglesia alemana cooperando para las secularizaciones, y finalmente, que si quería que se le tratase como á un segundo Carlomagno, era preciso que se condujese como aquel emperador se condujo y que usase de la misma munificencia con la Santa Sede.

Los quince cardenales que se mostraron dispuestos á acceder con ciertas restricciones alegaron como objeción el juicio y descontento de las cortes de Europa, lo indecoroso que era para el papa ir á consagrar al nuevo emperador á París, cuando todos los emperadores del Sacro Imperio, sin excepción, habían ido siempre á consagrarse á Roma, al pie del altar de San Pedro; el disgusto que el Padre Santo experimentaría forzosamente al tropezar con los obispos constitucionales, cuya retractación había quedado incompleta ó que, después de su reconciliación con la Iglesia, habían suscitado nuevas controversias; la falsa posición del mismo en presencia de ciertos elevados funcionarios que como Mr. de Talleyrand, por ejemplo, habían roto los vínculos del sacerdocio para contraer los del matrimonio; el peligro de recibir dentro de una capital enemiga demandas inadmisibles que sería difícil resistir sin un rompimiento escandaloso, y por último, los temores que un viaje de aquella naturaleza debía inspirar por una salud tan delicada como la de Pío VII. Recordando la censura en que había incurrido en el último siglo el papa Pío VI, por haber ido á Viena á visitar á José II, volviendo de su viaje sin haber logrado cosa alguna favorable á la religión, sostenían los quince cardenales que sólo una cosa podía disculpar á los ojos del mundo cristiano el acto de condescendencia que se pedía á Pío VII, y era el exigir y alcanzar ciertas ventajas notorias, como por ejemplo la derogación de una parte de los artículos orgánicos, la abolición de las medidas tomadas por la república italiana respecto al clero, la revocación de lo que acababa de hacer en Parma y en Plasencia el comisionado francés con la Iglesia de aquel país; finalmente, las indemnizaciones territoriales debidas á la Santa Sede por las pérdidas que había sufrido, y sobre todo la adopción del antiguo ceremonial observado en la coronación de los emperadores germánicos. Hasta pretendían algunos de aquellos quince cardenales, á título de condición expresa, que la consagración se verificase no en París, sino en Italia, cuando visitara Napoleón sus Estados de allende los Alpes, é imponían

esta condición como indispensable para la dignidad de la Santa Sede.

Algo tranquilizado con estas opiniones, estaba ya dispuesto el papa á acceder á los deseos de Napoleón, insistiendo sin embargo de una manera perentoria en las condiciones que reclamaban los quince cardenales aprobantes, y había participado esta resolución al cardenal Fesch; pero llegó á Roma en el intervalo el texto del senado-consulta del 28 floreal y la fórmula del juramento del emperador, en que se decía: Juro respetar y hacer que se respeten LAS LEYES DEL CONCORDATO... Y LA LIBERTAD DE CULTOS; las leyes del concordato parecían comprender los artículos orgánicos; la libertad de cultos, por otra parte, parecía llevar consigo la confirmación de las herejías; semejante libertad la corte de Roma jamás la había admitido, y este juramento vino á ser instantáneamente un motivo absoluto de repulsa. No obstante, fueron consultados nuevamente los veinte cardenales, y esta vez sólo cinco de ellos opinaron no ser aquel juramento un obstáculo insuperable; los quince restantes respondieron que con él no le era posible al papa consagrar al nuevo monarca.

Aunque los cardenales guardaron fielmente el secreto, la negociación llegó á divulgarse, así por las noticias de París como tal vez por alguna indiscreción inevitable en los agentes de la Santa Sede, y el público de prelados y diplomáticos que rodea á la corte romana se desató en habillitas y sarcasmos. Dieron á Pío VII el apodo de *capellán del emperador de los franceses*, por cuanto este emperador, siéndole necesario el ministerio del papa, no acudía á Roma, como en otros tiempos se habían dignado hacerlo Carlomagno, Otón, Barbarroja y Carlos V, sino que obligaba al papa á ir á buscarle á su corte.

Esta oposición, unida á las dificultades que ofrecía la fórmula del juramento, desanimó á Pío VII y al cardenal Consalvi, y ambos se fijaron en la resolución de dar una respuesta sólo favorable en la apariencia y en el fondo negativa, consistiendo en una aquiescencia sobrecargada de condiciones que no pudiese el emperador admitir.

El cardenal Fesch se había apresurado á contestar á la dificultad principal suscitada contra el juramento, y deducida del empeño que contraía el soberano de respetar la libertad de cultos, diciendo que este empeño obligaba, no á la aprobación canónica de las creencias disidentes, sino sólo á tolerar el libre ejercicio de todos los cultos, sin perseguir á ninguno, lo cual no podía ser más conforme con el espíritu de la Iglesia, ni más ajustado á los principios adoptados en el presente siglo por todos los soberanos. Estas sensatas explicaciones, según el cardenal Consalvi, no tenían más que un carácter privado, y de ningún modo carácter público, y no bastaban á disculpar á la corte romana á los ojos de Dios y de los fieles si llegaba á faltar á la fe católica.

Había conseguido el cardenal Fesch, aunque su natural nada tenía de persuasivo, penetrar, valiéndose del terror y de los obsequios, el secreto de alguno que otro personaje de la corte romana, y conocía á fondo las objeciones y sus autores. Escribiólo todo á París para que el emperador estuviese bien al corriente de lo que pasaba; pero no obstante, ignorando hasta qué punto deseaba el papa por medio de condiciones inadmisibles substraerse á lo que de él se exigía, hizo concebir más

esperanzas de las que en realidad podían á la sazón prometerse, añadiendo, sin embargo, que para conseguir el objeto era menester dar á la Santa Sede promesas y explicaciones enteramente satisfactorias. Estas comunicaciones, enviadas á París, pusieron en un cruel apuro al cardenal Caprara, porque todos las tomaron como un consentimiento explícito que sólo dependía de algunas explicaciones, y todos empezaron á tener por seguro el viaje del papa á Francia. Sabía el cardenal cuáles eran las verdaderas disposiciones de su corte, no se atrevía á manifestarlas, y andaba todo temeroso y confuso. Más aún que el mismo Napoleón, deseaba la consagración la emperatriz Josefina, considerándola como el perdón concedido por el cielo á un delito de usurpación; de modo que cuando se presentó en Saint-Cloud el cardenal Caprara, le recibió prodigándole las más agasajadoras distinciones. Napoleón por su parte le mostró la satisfacción más completa, y los dos le dijeron que miraban ya el asunto como arreglado; que el papa sería recibido en París con todos los honores debidos al jefe de la Iglesia universal, y que la religión recabaría de su viaje bienes infinitos. Sospechando no obstante Napoleón, aunque ignoraba algunas cosas, ciertas secretas intenciones de la corte romana, evitó las preguntas del cardenal Caprara, por temor de que le exigiese éste concesiones, ya de todo punto imposibles, como la revocación de los artículos orgánicos, ya sumamente difíciles en la actualidad, y la restitución de las Legaciones; y el cardenal se halló en la situación más apurada por las esperanzas tan ligeramente concebidas en París y por la dificultad de conseguir de Napoleón frases capaces de decidir á su corte.

En semejantes circunstancias, volvió á ser de suma utilidad aquel cura Bernier, ya obispo de Orleans, cuya sagacidad y prudencia habían contribuido tanto á superar todos los obstáculos que se oponían al concordato. Se le encargó de las respuestas que habían de darse á la corte de Roma: para esto púsose de acuerdo con el cardenal Caprara, y le convenció de que, una vez confiados la familia imperial y el pueblo francés, sería imposible volverse atrás sin ultrajar á Napoleón y sin exponerse á las más funestas consecuencias. Redactó el obispo de Orleans una nota que pudiera hacer honor á los más sabios y diestros diplomáticos, haciendo mérito en ella de los servicios prestados por Napoleón á la Iglesia y de los títulos que le asistían para esperar su agradecimiento; de los beneficios que de él debía prometerse aún la religión, encareciendo mucho el efecto que produciría entre el pueblo francés la presencia de Pío VII, y finalmente, del impulso que ella daría á las ideas religiosas. Explicó el juramento, y cómo debían entenderse las palabras relativas á la libertad de cultos; sugirió además un expediente, que consistía en celebrar dos ceremonias: la una civil, en la cual el emperador prestase el juramento y se ciñese la corona; la otra religiosa, para que en ella bendijese aquella corona el pontífice; y por último, declaró en términos positivos que el bien de la religión y de los asuntos inherentes á ella reclamaban la presencia del papa en París. Estas palabras revelaban suficientes esperanzas para granjearse formalmente la voluntad del Padre Santo y obligarle á buscar para la cristiandad un pretexto que justificase su condescendencia con Napoleón.

Agregó el cardenal Caprara á esta nota oficial del gobierno francés cartas particulares, en que pintaba lo que estaba en Francia pasando, el mucho bien que en este país podía hacerse, los muchos males que en él podían repararse; y afirmaba de una manera positiva que no podía darse una repulsa sin exponerse á muy graves riesgos; que en Roma no se juzgaba bien del estado actual de los negocios, y que el papa no encontraría en su viaje sino motivos de satisfacción.

Trasladada la negociación por segunda vez á Roma, no podía menos de salir bien. El papa y el cardenal Consalvi, ilustrados por las cartas del legado y del obispo de Orleans, se penetraron de la imposibilidad de una negativa, y apremiados por el cardenal Fesch concluyeron por ceder. Pero siempre experimentaban el deseo de consultar nuevamente con los cardenales, y sobre todo estaban aterrados por una de las explicaciones del obispo, que era la que contenía la idea de una doble ceremonia. No admitía el papa más que una sola, porque su deseo no se limitaba á dar el agua bendita al nuevo emperador, sino que además quería coronarle. Fueron, pues, nuevamente consultados los cardenales sobre las explicaciones enviadas de París; mas el cardenal Fesch se los hizo accesibles, y logró infundir el miedo en sus corazones, pues para esto era mucho más apto que para granjearse los. La respuesta fué favorable, pero se pidió una nota oficial que explicase el juramento, que prometiese una ceremonia única y que contuviese la mención expresa de las condiciones con las cuales se trasladaba el papa á París.

Hizo, pues, declarar Pío VII que consentía en pasar allí con las condiciones siguientes: que se explicase que el juramento no llevaba implícita la aprobación de los dogmas heréticos, sino una mera tolerancia material de los cultos disidentes; que se le prometiese oírle cuando reclamase contra ciertos artículos orgánicos, cuando lo hiciese en favor de los intereses de la Iglesia y de la Santa Sede (sin hacerse mención de las Legaciones); que no se toleraría que se presentasen á él los obispos que discutían sobre su sumisión á la Santa Sede sino después de una nueva y muy completa sumisión de su parte; que no se vería expuesto á tropezar con personas que se hallasen predisuestas contra las leyes de la Iglesia (lo cual aludía directamente á la esposa del ministro de Negocios extranjeros); que el ceremonial que se observase sería el mismo que había usado la corte de Roma para consagrar á los emperadores, ó el que había usado el arzobispo de Reims al consagrar á los reyes de Francia; que sólo se celebraría una ceremonia única, y exclusivamente por el papa; que llevaría á Pío VII una diputación de dos obispos franceses una carta de invitación en que dijese el emperador que, detenido en su imperio por razones poderosas y precisado á conferenciar con el Padre Santo sobre los intereses de la religión, le rogaba pasase á Francia á bendecir su corona y á tratar de los negocios de la Iglesia, y finalmente, que no se dirigiría al papa demanda ninguna ni se pondría ningún impedimento á su regreso á Italia. Por último, el gabinete pontifical manifestaba su deseo de que se demorase la consagración hasta el día 25 de diciembre, día en que había sido proclamado emperador Carlomagno, porque el papa, cruelmente agitado, tenía necesidad de ir á pasar una temporada á Castel-